

RELATOS NÁUTICOS



EL CUADERNO DEL BUZO

“En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Para que continúes con la versión submarina. Un beso. Alicia.”



José Idoeta
Socio del CN Altea
Miembro de la Junta Directiva 1998-2002

Bonita idea: un Quijote en remojo. Esta era la primera página. La segunda era menos cervantina: contenía protocolos para test de buceo deportivo.

Cuando me topé con el cuaderno, una mañana de abril, yo también estaba a remojo, buceando en apnea, en solitario, en una de las hermosas rías gallegas. El

lugar se llama península de Estacas en el concello de Ares. Voy allí a menudo. Me gusta porque puedo escoger entre aguas muy diferentes en un radio limitado.

Aquel día había optado por la parte de costa que va hacia mar abierto. Habitualmente me dirijo hacia el Este, el interior de la ría, pero esa mañana fui hacia el Oeste, nadando desde la solitaria playa que hayal pié del acantilado, hacia las islas que, los de allí, llaman Mirandas. Es una zona que el mar bate con mas fuerza en días malos.

El viento estaba rolando al sur suroeste por lo que comenzaba a haber un poco de movimiento. Me alejé para bordear las rocas que desde la costa cortan el agua hasta desaparecer en la espuma. El mar, como casi siempre, estaba un poco turbio y, en esas circunstancias, uno se ve obligado a bucear a media agua para ver el fondo. Después de un buen



rato, en una de esas inmersiones, entre las enormes laminarias del fondo entreví un objeto de color amarillo, a unos 6 mts. Subí a la superficie, ventilé y me sumergí para verlo de cerca. Allí estaba, parecía esperarme. Me metí entre las algas y lo subí a la superficie. Era un cuaderno de inmersiones de hojas grafiables bajo el agua con su lápiz colgando de las anillas. Estaba limpio y en buen estado, parecía recién perdido. Siendo más pesado que el agua se habría hundido y permanecido en el fondo sin desplazarse.

La curiosidad hizo que allí mismo flotando y zarandeado por las olas, empezase a leer.

La primera hoja, con la bella e inusual dedicatoria que su enamorada le había hecho al buzo, me cautivó.

Después, a pesar de los anhelos de Alicia, la literatura perdía fuste. Las hojas siguientes, escritas ya por otra mano, eran anotaciones exhaustivas sobre test de buceo a principiantes y ejercicios de aprendizaje bajo el agua. Deduje que pertenecía a un monitor de buceo deportivo. Lo mas prometedor aparecía una vez que se acababan las anotaciones de trabajo: ¡Una relación de 9 pecios con sus coordenadas y profundidad, en la misma ría, es decir, en un círculo de unas 12 millas!

¡Con qué entusiasmo seguí leyendo aquel revelador diario! Me abría un universo apasionante que, hasta ese instante, yo ignoraba: ¡Barcos hundidos en la ría!

A partir de aquí las hojas estaban grafiadas con comunicaciones que los buzos se escriben bajo el agua tales como: "¡Lástima no ver lubinas!" ó "¡Qué fría ... ! ó "¿Has visto que raya?" y cosas parecidas. Aquel hombre había estado también en otros lugares clásicos de buceo tales como la isla de "El Hierro" (había anotaciones de "La Restinga") y otros lugares de las Canarias y de la Península. Era un experimentado buceador.

Pero la mayor parte de las inmersiones referidas en el cuaderno se habían hecho allí, en la ría. En una determinada página, las anotaciones comenzaban a ser de otro tipo, ya no eran comunicaciones con el compañero de inmersión, sino notas tomadas con ánimo de recordar detalles e incidencias de inmersiones que, sin duda, eran ya practicadas en solitario, en la ría, muchas de ellas en un profundo veril muy cerca de donde yo leía.

Yo seguía, no hay que olvidarlo, pasando las hojas del cuaderno allí en el agua, flotando en un mar turbio, frío y algo agitado que, con seguridad me había ido trasladando de la posición inicial. No me preocupaba, me concentraba en las hojas, cada vez mas embebido en el hallazgo, leyendo las anotaciones que aquel buceador solitario había hecho bajo el agua, hasta que llegué a la última de las páginas escritas. Contenía una sola anotación, corta, con una letra temblorosa y desordenada. Tardé un instante en descifrar la frase. Decía: "Me ahogó".

Me atolondré y el cuaderno se me deslizó de las manos. Me sumergí precipitadamente para no perderlo y con dificultad lo recuperé antes de que llegase al fondo. Levanté la cabeza del agua, por primera vez, para situarme y nadé hacia la costa, separándome prudentemente de las rocas que el mar ya batía con fuerza.

Sentado en la arena, poco a poco, me fui convenciendo de que estas cosas no se descubren así. Si ese buzo se hubiese ahogado, el hecho hubiese trascendido. Su familia... ¡Alicia! ¡Alicia lo habría denunciado. Hubiese salido en la prensa local. Por otra parte: ¿Qué tipo, ante la posibilidad de su muerte escribe una nota de socorro que nadie leerá? ¿Cómo pudo el cuaderno aparecer a 6 mts de profundidad a más de 100 mts del veril que él frecuentaba? No cabía duda alguna: el cuaderno empezaba con una bella cita literaria y



acababa con una detestable broma. Con seguridad se cayó al mar desde la neumática, de vuelta al puerto, sin que su propietario se apercibiese.

La cerveza que comenzaba a añorar acabó de convencerme: ordené el equipo, lo metí en la bolsa y, con el neopreno puesto, comencé a subir el acantilado.

Los treinta y tantos metros de ascensión me obligaron a sentarme cuando llegué arriba. El mar, debajo de mí, estaba ya muy agitado. Lo observé descansando sobre la pared durante unos minutos y después, definitivamente me despedí de él dándole la espalda para traicionarle con una "Estrella".

La noticia me la dieron en el bar, se había ahogado el día anterior el monitor de buceo del club local.

La reconstrucción que del accidente hacen sus compañeros es escalofriante:

Ese día le dejan flotando solo sobre el veril. Continúan para sumergirse en el pecio "Parrocha" a menos de una milla. A la vuelta le recogerán. Se sumerge y después de 50 minutos de inmersión se engancha con un resto de red liado en una roca a unos 20 mts de profundidad. Comienza a cortarla pero comprende que no podrá conseguirlo antes de consumir el aire, por lo que decide, ya inquieto, intentar ahorrar esfuerzos (aire), y esperar a sus compañeros. Pero ¿cómo avisarles de su situación? Siempre vuelven antes de que él suba. El globo de emergencia le da la idea de enviarles una "carta" de socorro. Escribe "Me ahogo", infla la bóveda con el regulador y cuelga el cuaderno del globo para que no

se voltee y se deshinche. La inquietud en aumento o, ya definitivamente, el miedo le hacen precipitarse y lo ata mal, pero el globo sube como un aerostato. Ya en la superficie, el cuaderno comienza a deslizarse del nudo. 100 mts hacia la costa se suelta y se hunde. El globo se queda sin peso estabilizador y se desinfla pasando a ser un plástico mas en el sucio mar. Sus compañeros vuelven y guiándose por su boya se acercan y le esperan. Alguien se percata de que no se ven las burbujas, bajan y cuando consiguen subirlo es ya demasiado tarde.

Fue al día siguiente de mañana cuando, sin haber leído todavía la prensa, encuentro el cuaderno a 6 mts de profundidad y a 100 mts del veril. Esa misma tarde lo leí en "la Voz".

